

Feminizar la comunidad

Silvia Federici

Silvia Federici es hoy en día una de las más reputadas intelectuales de la izquierda estadounidense e internacional. Medio siglo después de dejar su Italia natal para estudiar filosofía en los EE. UU., se ha erigido en una especie de gurú del feminismo anticapitalista y azote de la violencia estructural del capitalismo global, pero también de la izquierda más clásica, que reclama el trabajo asalariado como epicentro de cualquier proyecto emancipador. Por el camino, fundó el Colectivo Feminista Internacional, desde el cual promovió el movimiento Wages For Housework (Salarios por el trabajo doméstico) durante los años 70. Muy ligada actualmente a los movimientos de los comunes, trabajó como profesora en Nigeria durante los años 80 y ha apoyado proyectos ideológicos como la autonomía o las comunidades indígenas en Latinoamérica en las últimas décadas. Profesora emérita de Hofstra University, en Nueva Jersey, Federici ha centrado gran parte de su trabajo en la politización de la «reproducción», poniendo de relieve el trabajo no remunerado que realizan las mujeres y el papel central de estas en el desarrollo capitalista y su lógica de dominación, que desarrolla en sus tres libros más recientes, *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2004), *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (2013) y *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* (2018).

Federici subraya el sustrato sociocultural —la «nueva caza de brujas»— sobre el que se cimenta el ascenso político de un abierto misógino como Trump, y señala al movimiento proinmigrante como antítesis del mismo y fuente de inspiración para la izquierda estadounidense.

A lo largo de su carrera ha resaltado el papel protagonista de las mujeres en la resistencia al desarrollo capitalista. Sin embargo, en los últimos años, se observa un cambio de perspectiva. Pone usted cada vez más el acento en el concepto de comunidad y en la práctica de «los comunes». ¿Cómo se relacionan ambos conceptos?

Hoy en día son las mujeres quienes hacen la contribución más importante a la práctica de los comunes. Lo importante, en el periodo de transición que vivimos, es construir formas más complejas de reproducción. Quienes ponen los recursos en común son los que transforman el proceso de reproducción, haciéndolo mucho más colectivo, mucho más cooperativo. Pienso, por ejemplo, en la construcción de comedores populares que se encuentran en Argentina, Perú y muchos otros lugares de América Latina. Y al hacer esto, construyen un tejido social mucho más fuerte, que les permite no solo resistir ante el Estado, sino construir algo nuevo.

Precisamente por su participación en la reproducción, las mujeres, más que los hombres, han desarrollado mucho más esa capacidad para cooperar. Hoy en día las prácticas y procesos más interesantes vienen precisamente de mujeres que construyen comunidades de resistencia, tanto en espacios rurales como urbanos.

Y esto sucede por motivos históricos. Tradicionalmente, las mujeres han estado mucho menos conectadas con el sistema monetario, han dependido menos de él y han tenido

una relación mucho más precaria con el trabajo asalariado. Precisamente por eso, para su supervivencia en los comunes, han dependido más que los hombres de la naturaleza: en los bosques, el agua, la tierra, en los cultivos. Eso sigue siendo cierto en nuestros días. Las mujeres tienen incluso menos poder social que los hombres asalariados. En una sociedad que explota a los trabajadores, las mujeres sufren aún más explotación que los hombres.

Y, sin embargo, es su trabajo más «clásico» el que sigue reverberando entre los movimientos contemporáneos. Cada vez hay más autoras feministas, como Kathi Weeks o Moira Weigel, que encuentran inspiración en sus reclamos de los años 70. Cuando el feminismo liberal reclamaba la inclusión en el mercado de trabajo de la mujer, ustedes rechazaban de plano esa demanda y planteaban otra: que se remunerase el trabajo doméstico. ¿Por qué lo hacían?

En los años 70, nuestra estrategia para el movimiento *Wages against Housework* partía de un análisis de la función del trabajo doméstico en la sociedad capitalista, en especial su relación con la opresión y la explotación que han sufrido las mujeres en el capitalismo. Una de las cuestiones centrales del movimiento feminista en los 70 era averiguar por qué: ¿cuáles son las raíces de esa explotación, de esta condición diferenciada? Y ¿cómo la superamos?

Desde el feminismo liberal, la respuesta que se dio fue decir que las mujeres habían sido excluidas del mercado. «El problema no es que se pasen la vida haciendo pasteles, sino que no los vendan». Los socialistas, claro está, repetían los argumentos de Marx y Engels de que a las mujeres se les había excluido del trabajo socialmente necesario, ya que el trabajo doméstico siempre se ha visto desde el socialismo como un legado del

pasado, una servidumbre personal. Nosotras adoptamos una postura muy diferente.

¿Qué reclamaban exactamente?

Dijimos «el trabajo doméstico es esencial para la acumulación capitalista. El trabajo doméstico produce trabajadores, produce la capacidad de trabajar. Queríamos, a fin de cuentas, ponerle fin a nuestra contribución al fortalecimiento de la acumulación capitalista. La alternativa era luchar por el acceso al trabajo asalariado, que era la postura dominante en el feminismo, y nosotras nos negamos a hacerlo porque, en primer lugar, luchar por acceder al trabajo asalariado suponía reconocer que lo que hacíamos hasta entonces no era trabajo. Decir «dejadnos trabajar» suponía, además, demandar una doble jornada, un turno doble o triple, que tantas mujeres se ven hoy obligadas a afrontar para sostenerse a sí mismas y a sus familias. Y para eso no es solo importante conocer la alternativa, sino también su contexto. En los años setenta hubo una gran batalla en EE. UU. liderada por mujeres que pelearon por los accesos a las ayudas al bienestar.

En un contexto en el que muchas feministas hablaban de la mujer trabajadora, aceptando por completo la definición capitalista de quién es una «mujer trabajadora», nosotras decíamos «toda madre es una madre trabajadora».

Creo que la cuestión del «Wages against Housework» fue enormemente importante, y precisamente por eso vuelve ahora, porque los retos que nos encontrábamos entonces no solo no se han resuelto, sino que en gran medida la situación de las mujeres se ha deteriorado. Y es que, aunque la inmensa mayoría de las mujeres se han incorporado a la fuerza de trabajo asalariado, muchas lo han hecho al nivel más bajo, donde a menudo no tienen seguridad y apenas les pagan. Así que

observamos cómo cada vez hay más mujeres que tienen dos o tres trabajos y cuya vida se ve consumida por completo. No es casualidad que sean las que más antidepresivos consumen del mundo, y que recientemente su esperanza de vida haya descendido en cinco años.

Esa misma crisis afecta a los niños. Vemos también esa crisis en la situación de los ancianos. Y las mujeres, en concreto, se incorporaron en masa a la fuerza de trabajo asalariado justo en el momento en el que los salarios empezaban a desplomarse. El trabajo asalariado se volvió completamente precario. Los servicios y redes de apoyo que existían antes —como los centros de asistencia a la tercera edad— han sido devastados por el sinfín de recortes de los últimos años.

El mundo parece haber avanzado en la dirección opuesta a lo que ustedes reclamaban. ¿Qué vigencia tienen sus demandas, ahora que la mujer se ha incorporado casi por completo al mercado laboral en Occidente?

Estamos ante una crisis reproductiva muy extendida. Las mujeres están en el centro de esa crisis. Es muy importante enfrentarnos a las cuestiones que nos obligaron a dejar de lado en los 70. ¿De verdad queremos seguir trabajando gratis para el capital? Hoy vemos cómo millones de estudiantes trabajan por dinero. ¿Cuántos países han establecido sistemas en los que se da por hecho que, para conseguir un buen trabajo uno tiene que pasar semanas, sino meses, trabajando gratis? No me cabe duda de que hoy en día debemos conjugar la lucha contra el trabajo no pagado con la de la remuneración del trabajo reproductivo y la lucha por los comunes.

Es importante pensar en cómo alimentar unas luchas con las otras, en cómo fortalecernos. No estamos, todavía, en disposición de dejar atrás el trabajo asalariado. Todavía hoy

dependemos de las relaciones monetarias, y por eso es importante construir una relación basada en los comunes, que nos dé más espacio y poder respecto al salario.

Estamos ante un momento en el que dos concepciones del feminismo empiezan a chocar frontalmente. Hay toda una nueva generación de feministas que se preguntan qué define al feminismo. Y eso es muy alentador. Por otro lado, estamos ante una nueva guerra contra las mujeres. A menudo la comparo con las cazas de brujas del pasado. Es algo que viene desde el Estado, desde las instituciones, y que está presente en todo el mundo. Ha habido un enorme aumento en el nivel de violencia contra las mujeres. En EE. UU. se observa esta guerra: tiene lugar a través de la sucesión de ataques a la reproducción y la procreación de las mujeres. Por ejemplo, cada vez más Estados tramitan leyes que introducen nuevas condiciones a las que deben atenerse las mujeres embarazadas, a las que se penaliza si las transgreden. Hemos visto cómo se ha arrestado a mujeres que se ven involucradas en accidentes de tráfico, y a las que se persigue por haber implicado al feto y ponerlo en riesgo.

Está la idea socialdemócrata del feminismo, impulsada por las Naciones Unidas: la emancipación de la mujer a través del trabajo. Está, por otro lado, la imagen mediática del feminismo, que es muy degradante, porque equipara a la mujer trabajadora, la imagen de la mujer trabajadora emancipada, con la de una mujer agresiva económica y sexualmente. Por supuesto, si miramos a Hollywood, vemos cómo hay una nueva representación de las mujeres, que es extremadamente peligrosa, extremadamente denigrante, que presenta a las mujeres como violentas, agresivas. Es la nueva imagen de la bruja. Así es como se han presentado la emancipación y la liberación femeninas situando a las mujeres en el punto de mira. ¿Cómo se puede controlar la sexualidad al tiempo que se enfrentan relaciones tan precarias de control de la procreación?

¿Qué impacto tienen esos procesos paralelos —el de la equiparación de la emancipación femenina con el trabajo asalariado y el retrato cultural de la mujer hiperambiciosa— en la vida cotidiana? En su trabajo reciente, critica la creciente «deserotización» de la vida. ¿Qué relación tiene ese proceso con la posición relativa de la mujer en las sociedades desarrolladas?

La vida sexual no es solo cuestión de sexo, de unos pocos actos sexuales. La cuestión de la sexualidad es también una cuestión de trabajo. El capitalismo ha regimentado la sexualidad para que no interfiera con la semana laboral, de tal manera que es muy difícil vivirla de manera creativa. El sexo es algo que se practica el sábado o el viernes por la noche, y es algo limitado espacial y temporalmente. La vida cotidiana se ha deserotizado por completo. Hoy en día para las mujeres jóvenes existen menos tabúes de los que había antes. Pero eso no tiene por qué traducirse en libertad para vivir una experiencia sexual muy diferente.

Es algo que se observa en la historia, y al comparar las diferentes formas de organización comunitaria. Cada vez que se produce una expansión en las relaciones capitalistas en un país o región se observa cómo la situación de las mujeres empeora. Existe una relación estructural entre el deterioro y la devaluación de la mujer, en especial de su trabajo reproductivo, y el capitalismo. El desarrollo capitalista tiene como premisa la devaluación del trabajo reproductivo.

Ha pasado largas temporadas en América Latina. ¿Qué tienen en común las luchas de los inmigrantes y las mujeres estadounidenses, colectivos ambos que han sido señalados en la retórica y las políticas de Trump?

Sin duda, las políticas de Trump son malvadas y desastrosas, pero lo que me parece especialmente peligroso es que un segmento de

la clase trabajadora blanca las apoye. Eso es suicida. No tengo duda de que todos estos ataques a los inmigrantes, los vetos, los muros, son una respuesta al hecho de que, durante las últimas décadas, las batallas más importantes de la lucha obrera en los Estados Unidos las han librado los inmigrantes. Ellos han sido, también, quienes han liderado los movimientos sindicales más fuertes. No es un accidente que tengamos ahora una estructura de poder que les ha declarado la guerra. Si pensamos en el movimiento para la subida del salario mínimo, lo han capitaneado inmigrantes. Su lucha ha sido una enorme fuente de inspiración que ha unido a mucha gente, que ha sumado el apoyo de los estudiantes. Igual que el propio movimiento inmigrante, el movimiento para la reforma de las leyes migratorias, para el reconocimiento del colectivo, ha sido muy fuerte, y ha traído consigo algunas de las acciones más importantes de la historia sindical reciente en EE. UU. El hecho de que ciertos segmentos de la clase trabajadora no se opongan al racismo es en realidad un desastre político, y supone asumir una derrota política. Hoy, dada la crisis de reproducción que se observa en tantas partes del mundo, cada vez más gente se ve obligada a pensar en una alternativa, algo que nos permita superar el aislamiento, conectar con otra gente y sobrevivir como especie. La tendencia se extiende ya más allá de la situación latinoamericana. Se expande por Estados Unidos también. Lo que podría parecer todavía un experimento limitado, está en realidad cargado de posibilidades.

«Los comunes» se ha vuelto un concepto fetiche para cierta izquierda. Pero su ubicuidad en el discurso a menudo esconde cierta indefinición sobre su verdadero significado político. ¿A qué se refiere cuando habla de *commons*, de comunes?

Cada vez pienso más en los comunes como una forma de relacionarnos con la vida cotidiana y como una lucha; una

perspectiva. No podemos tener comunes puros, no podemos pensar en el común como una forma final. Me gusta aplicar a los comunes lo que Marx dice sobre el comunismo, que no es una suerte de utopía, o cierto proyecto para el futuro, sino un movimiento que transforma o se propone abolir el *statu quo* cada día. Y yo veo a los comunes del mismo modo: operando sobre la cooperación, la solidaridad, la gestión colectiva de la riqueza que producimos. Veo a los comunes como una forma de trabajo colectiva. Los veo como espacios compartidos, riqueza compartida. Y en cada caso, vienen acompañados de unas reglas y regulaciones diferentes. Pero lo importante es eso: entiendo los comunes como una riqueza material para ser compartida, necesaria para que nos reproduzcamos. No creo que los comunes tengan que circunscribirse solamente a internet. Los que solo piensan en los comunes digitales son, creo, enormemente miopes. Tienen que implicar riqueza material. Y creo que parte de la lucha por los comunes tiene que enraizarse en la lucha por la reapropiación de esa riqueza.

La realidad que creamos en el proceso de crear los comunes también es instrumental, y sirve para fortalecer nuestra capacidad frente al Estado para apropiarnos de la riqueza. Es evidente que para nuestra reproducción necesitamos tener tierra, agua, bosques, pero los comunes también significan un tipo de relaciones diferente. Significan una sociedad que está conectada, cimentada por relaciones de solidaridad, cooperación y trabajo colectivo. Tampoco creo que los comunes sean una idea, ni un concepto. Tienen que ser algo diferente, pero vivimos en un tiempo en el que las relaciones capitalistas son tan fuertes que es muy difícil imaginarse unos comunes en su forma pura. Así que me gustaría creer que mucha de la gente que se adentre en estas experiencias y actividades de los comunes sin pensar demasiado en cambiar la sociedad termine abierta a otras posibilidades más transformadoras. Los comunes

son también una forma política. Es una riqueza material, pero también una forma política, en tanto que apropiación de nuestra capacidad de decidir políticamente juntos.

Por otro lado, hay formas de apropiación que son muy peligrosas, porque buscan precisamente lo contrario. Usan lo común para promover una agenda opuesta. Es el caso del Banco Mundial, que está ahora mismo, por ejemplo, expulsando a muchas poblaciones indígenas de sus tierras, declarando estos bosques, estas tierras, patrimonio común de la humanidad, comunes mundiales, por ejemplo el Amazonas. Se autoproclaman protectores de estos espacios, y su concepción de la protección pasa por ponerles precio, como si esa fuera la única manera racional de preservarlos. Me gustaría creer que la gente que vaya participando en estas prácticas de los comunes expandirá su noción sobre qué significa compartir, pero también se abrirá a otros proyectos de sociedad diferentes.